

camino que Dios ha trazado, y que conduce de las glorias mundanales al panteón de la nada. Algo más de cerca ha herido mi corazón la muerte del célebre poeta inglés lord Bryon. Llorosa y conmovida he notificado á mi hijo la muerte de este joven poeta, lo mismo que si se tratara de una desgracia ocurrida en la familia. ¿No es por ventura la humanidad una misma familia? ¡Tal vez otro día, una madre temblando como yo, llorosa, anunciará á su hijo la muerte del mío!

Alfonso ha escrito un poema titulado *Childe Harold* en el cual se celebra la heroica muerte de lord Bryon defendiendo la independencia de los helenos; hay en él estrofas que me llenan de dolor porque temo mucho que sienta un entusiasmo peligroso por las ideas de la moderna filosofía y de la revolución, contrarias al trono y á al altar, estos guías que yo he encontrado siempre en mi camino y fuera de los cuales sólo veo confusión y peligro, y sobre todo, el abismo sin fondo de la incredulidad.

Yo he conocido estos famosos filósofos nuevos durante mi juventud; haced, ¡Dios mío! que mi hijo se les parezca en nada; no dejo yo de hacerle ciertas consideraciones sobre el peligro de las ideas nuevas, pero el *espíritu surge donde él quiere*, como dice la Sagrada Escritura. En cuanto una madre ha puesto al mundo un hijo, y le ha inculcado su propia fe, ¿qué le resta que hacer? ¡Cómo no sea poner todos días su débil mano entre la llama de esta fe y el viento del siglo que pretende apagarla! ¡Ah! yo me he sentido algunas veces orgullosa de ser madre de hijo semejante, pero su independencia de espíritu me ha hecho sufrir mucho. Yo opinó

que toda la ciencia se encierra ó debe encerrarse en esto: «Obebecer y creer», tal vez se me dirá que esto es poco poético, pero tengo para mí que existe tanta poesía en la sumisión del espíritu como en la revolución.

¿Son, por ventura, los ángeles fieles menos poéticos que los ángeles que se rebelaron contra Dios? Yo preferiría que mi hijo no tuviese ninguno de esos vanos talentos mundanos, á que se rebelara contra los dogmas que han sido fuerza, luz y consuelo de mi existencia, y por los cuales he sufrido resignada todas las adversidades de este mundo.

CXXIII

20 de febrero de 1825.

Hago la misma solitaria vida bajo el mismo techo, envuelta en mi propia tristeza y leyendo en compañía de Alfonso, su esposa y mi Sofía, cuya educación no me da cuidado porque parece ya haber salido instruída y piadosa de la cuna. Leemos por las noches en compañía de mi esposo y mis hijos, junto al hogar, cuantos libros pueden alimentar sanamente el alma y el espíritu. Mi marido parece aficionarse mucho á esta vida retirada, cuyas principales emociones están en los libros. Ha llegado á la edad en que los hombres se retiran del sitio grande ó pequeño que hayan ocupado, y se convierten en simples espectadores que observan con indiferencia la comedia que en el mundo se representa; entonces son los libros su distracción, su recreo, constituyen, en fin, parte de su existencia. En los libros de historia se aprecia la vida real; en la novela el mundo imaginario. Vienen los libros á ser,

irremisiblemente, la vida de aquellos seres, que, prontos á dejar de vivir, desean vivir en otras edades.

CXXIV

Domingo, 26 de junio de 1825.

¡Qué largo tiempo transcurrido sin escribir una sola línea en este libro! Es que á causa de mis sufrimientos llegué á dudar de mi vuelta al camino de la virtud; luego entreveo con horror la muerte, porque aún no me creo bien preparada... ¿Llegaré á estarlo? No pido la prolongación de mi vida más que el tiempo necesario á prepararme y purificarme: y nada más. Dios me ha hecho esta gracia. Pero al llegar á la convalecencia me mandó un nuevo dolor, y luego me lo ha quitado de nuevo y sin preparación.

En un pequeño poema que ha escrito Alfonso sobre la consagración del rey, no decía una palabra del duque de Orleáns, de quien no es partidario, porque tiene sobre este príncipe las prevenciones de su padre y de toda la familia de los Lamartine; encuentra algunos puntos oscuros é inconvenientes en la conducta de un príncipe de la familia real, cuyo padre cometió la fatalidad de condenar á muerte á su pariente y á su rey; al desgraciado Luis XVI, y que después de esto ha sido colmado de honores y perdonado por los Borbones, dando en lugar de un testimonio de agradecimiento, pruebas de deslealtad para halagar á sus partidarios. Alfonso habla con cierta amargura contra lo que llama su deslealtad, y esto me mortifica, porque yo creo bueno á este príncipe é inocente del crimen de su desventurado padre. Hubiera yo preferido, sin em-

bargo, que el tal hubiese hecho una oposición menos abierta que los demás, sin que para ello se hubiese rodeado de todos los ambiciosos y descontentos revolucionarios ó bonapartistas, que han formado eso que llama él un partido; pero es preciso atacar ó conjurar las intenciones antes que acusar temerariamente á nadie.

Cuando me leyó Alfonso los versos de su poema, donde ensalza todos los gnerreros y todos los príncipes de la familia real, y observé que ni una sola palabra decía del duque de Orleáns; tuve un disgusto tan grave que me hizo derramar lágrimas; entonces le supliqué que no dejara desairado con semejante silencio un príncipe en cuya casa pasé yo mi niñez, y cuya madre y hermana nos habían colmado de bondades. Resistióse obstinadamente, y me dijo que todo lo más que podía hacer por el duque de Orleáns, era no pronunciar su nombre mientras que se honraba nombrando á los reyes Luis XVIII y Carlos X, á quienes había tenido el honor de servir en el ejército y en la diplomacia, y que él había heredado de su padre el cariño á estos príncipes desgraciados, y para sus enemigos, la repugnancia y el desprecio. A pesar de esto, conseguí á fuerza de lágrimas, que recogió con respeto, el que pronunciara de una manera conveniente el nombre del duque de Orleans, en aquel homenaje á los Borbones. Hizolo, pero resultó desgraciado al querer expresar un sentimiento que su corazón no sentía. Los párrafos que aludían al 21 de enero y á la muerte de Luis XVI, parecieron un insulto al duque de Orleáns, y yo no sé cómo, pero es el caso que este príncipe tuvo conocimiento del caso por el

librero sin duda, antes de que fuesen publicados, é hizo escribir una carta á mi hijo por nuestro pariente M. Henrion de Pansey, presidente de su consejo; M. de Pansey, en nombre del príncipe, pedía á mi hijo, en términos corteses, la supresión de los versos en que era aludido.

Alfonso contestó en seguida, con mucha cortesía por cierto, que él no había tenido la menor intención de mortificar la personalidad de un príncipe, de cuya casa tantos beneficios había alcanzado su madre, y que en aquel momento escribía al impresor para que se suprimiesen los versos que pudiesen molestar al señor duque de Orleáns. El escribió efectivamente al editor, para que fuesen retirados los párrafos en cuestión.

Todo parecía haber terminado aquí; pero el duque de Orleáns, ignorando que Alfonso hubiese condescendido á sus deseos, y más impaciente de lo que convenía por semejante supresión, mandé escribir una segunda carta, en la cual se hacían amenazas contra el crédito de que mi hijo gozaba en la corte, advirtiéndole, que en el caso de no acceder á sus deseos, tenía un príncipe real sobrados medios para hacer sentir á quien intentara solamente ofenderle, el peso terrible de sus resentimientos y de su indignación. Cuando Alfonso recibió esta segunda carta, su natural dignidad ofendida de tal suerte, que no quiso en manera alguna acceder á los deseos de Orleáns y escribió inmediatamente á su editor que no retirara una sola palabra del original. Sin embargo, por no hacer una ofensa sin previa explicación del duque de Orleans, le escribió el mismo día en que habían ya los perió-

dicos publicado esta carta de intimidación que no podía ser conocida más que por una indiscreción palaciega, diciéndole que la supresión del párrafo por los periódicos adictos á su corte, no podía atribuirse más que á una ligereza de su carácter, y se veía él obligado á dejarlo en suspenso, decíale también al príncipe que, apreciando debidamente esta necesidad de honor, confiaba no atribuiría á la intención de ofenderle. El príncipe fué justo, y contestó inmediatamente haciéndose cargo de esta exigencia de honor, desde el momento en que la publicidad dada en los periódicos liberales, había colocado á mi hijo en una situación tan especial. El párrafo apareció según Alfonso lo escribiera al principio.

Pero eso fué para mi corazón una flecha que le atravesó de parte á parte, tanto más cuanto no me atreví á decírselo jamás á mi esposo ni á mi hijo; porque yo había sido colmada, durante mi infancia, de todas las bondades de aquella augusta casa, cuyo nombre habíame mi madre enseñado á venerar desde mi niñez. En las circunstancias dolorosas para mi madre y para otros varios miembros de la familia, Mlle. de Orleans nos había favorecido con cariñosa solicitud y con una generosidad sin límites: yo no podía ni puedo olvidar los bienes recibidos de esta augusta familia, y mi marido y mi hijo ignoraban estos transportes íntimos que yo no podía tampoco confiarles. ¡Júzguese de mi asombro y de mi aflicción, al considerar que esta excelente pancea pudiese atribuir mejor que á un error, á ingratitud ú olvido, una ofensa al nombre de su casa salida de la mano de mi hijo! Pasé muchas noches

derramando lágrimas. Escribí á Mlle. de Orleans para desengañarla y manifestarle todo mi pesar; ella me contestó mejor como amiga que como princesa, comprendiendo perfectamente la situación en que me encontraba. A Dios gracias, todo ha terminado; temo solamente que lo ocurrido ocasione entre la princesa y mi hijo una frialdad y una irritación secreta que vaya alejando poco á poco su amistad de aquella casa, en la cual hubiera tenido unos protectores desinteresados. Las prevenciones de los nobles realistas contra el nombre de los Orleans, son injustas, extremadas y, como si dijéramos, han sido infiltradas en la sangre de padres á hijos. Tuve todavía un gran pesar, que de tan vivo y doloroso, no puedo confiárselo á nadie; la susceptible altivez de mi esposo no le dejaba comprender que existiera correspondencia entre Mlle. de Orleans y yo, ni las gracias que mi familia recibió de ella en muchas y determinadas ocasiones.

Dice Alfonso que cree habrá de partir para Alemania, y por lo tanto, que estará ausente de nosotros por mucho tiempo. Cuando pienso en su separación no hago otra cosa que llorar. ¡Ah, Dios mío! ¡Cuán solitaria va quedando esta casa, antes tan alegre y tan llena de vida! Cuantas veces reflexiono en nuestra soledad, recuerdo los muchos nidos que tantas veces he visto durante el otoño bajo los álamos del patio de Saint Point; en lugar de los pequeñuelos hay nieve, y el viento se va llevando sus pajas, ¡una á una! Así es nuestra casa en la actualidad.

CXXV

18 Septiembre de 1825.

Hoy han salido mis hijos para Italia, donde fijarán su residencia. ¡Ay! ¡cuán sola he quedado en este retiro de Saint Point! No puedo adivinar cuanto tiempo durará esta situación.

Ya estamos en la ciudad; no pudiendo dedicarse á la caza, mi marido no está bien en el campo. Estoy muy disgustada, pero en medio de mi tristeza me encuentro aquí mejor; Nicole me acompaña por la mañana; sus *Ensayos de moral* me llegan directamente al alma, y por las noches leo á Mme. de Sévigné, mi confidenta favorita; después... pienso mucho en los ausentes. ¡Ay! ¡y en los muertos que no volverán!

Ayer recibí una visita del excelente, amable y resignado M. de X..., aquel que tanto hubiera deseado casarse con Cesarina. No hemos hablado de nada, puede decirse, pero su sola presencia y su ternura, expresaban muchísimo; he llorado mucho; todas aquellas personas, todos aquellos objetos que amaron ó fueron amados por mis hijos, despiertan en mi corazón recuerdos de tristeza. ¡Triste de mí!... esta época tan lúgubre de mi vida la lloraré siempre, ¿no habrá para mí consuelo? creo que sí: y hasta tengo la certeza absoluta de volver á ver á los seres queridos que murieron para este mundo. ¡Qué dicha la de poseer una fe como la mía! Aun cuando la religión no nos diera más que esta fe en el renacimiento del pasado, deberíamos bendecir á ella

y á su fundador. ¡Y quién no tiene en este mundo seres queridos que espera ver en el otro!

CXXVI

24 Octubre de 1825.

Me encuentro sola en la casa, arreglándolo todo y disponiendo su cierre. Ayer salieron todos para la ciudad acompañando á mi esposo. He ido á Saint-Point montada en una mula, y acompañada del jardinero, al objeto de arreglar y ordenar los libros, los naranjos y las macetas de flores que mi nuera Mariana me recomendó muy especialmente al partir para Italia. He estado detenida por las lluvias en este viejo, querido y desierto castillo, y admirablemente servido por María Litaud, una santa mujer que está encargada de gobernar la casa durante la ausencia de sus dueños. Creo que hice su felicidad cediéndola á mi hijo. Aquí me encuentro, junto á la iglesia que tanto adoro por los muchos recuerdos de las oraciones que he dirigido á Dios bajo su bóveda, en compañía de mis pequeñitas (que están en el cielo), cuando veníamos á rogar en ella todas las noches; estoy también rodeada de libros, demasiado tal vez. Gozo en este silencio y en esta soledad junto á la gran chimenea del salón, y allí me recojo abstraída en los dulces pensamientos de la eternidad, antes de sumergirme de nuevo en el movimiento y las vanidades del mundo. He tenido muy buenas noticias de Florencia, en donde se ha establecido mi hijo con su esposa. Cuantas reformas hicieron aquí me parecen muy bien, han convertido esto en una especie de casa de retiro para su vejez. donde vivirán recordando nuestra existen-

cia en en estos lugares. En un artículo escrito por Mme. de Genlis, he visto que esta escritora atacaba vivamente las poesías de mi hijo: es esto una guerra hereditaria de familia á familia; Mme. de Genlis y mi madre representaban dos tendencias opuestas en el Palacio de Orleáns. Estas heridas á la fama de mi hijo me han sido bastante dolorosas; yo hubiera querido que él replicara; esto era natural en la vanidad materna, pero prefirió aceptar el ataque sin manifestarse resentido. ¡De qué serviría entonces la caridad si no se perdonaran siquiera semejantes ofensas! ¿Para quién deseará ella la superioridad en todo? ¿para sí ó para sus hijos? Si uno la tiene, el deber está en no darle importancia, y si no se tiene, está el deber en no envidiársela á los demás; los dones de Dios son gracias, pero no méritos. Habré de acostumbrarme á los denigrantes ataques que ciertos periódicos, especialmente los Orleanistas y Bonapartistas, dirigen á Alfonso. Creo que tengo demasiado amor propio colocado sobre su cabeza, que puede no ser sino un disfraz del mío; pero soy su madre, y justo será que me lo perdone.

CXXVII

1.º Febrero de 1826.

No puedo dedicar mucho tiempo á escribir, porque los cuidados de los pobres, durante este frío invierno, me absorben la mayor parte del tiempo; además de esto, me han encargado de la presidencia de la junta de caridad establecida en esta población; no me es posible cumplir con exactitud mis obligaciones á pesar del auxilio que para ello me presta Mme. de Villeneuve, la esposa del Gober-

nador de la provincia, joven muy amable que la considero como si fuese una hija; yo no sé por qué las jóvenes sienten por mí tanta predilección; será sin duda porque yo acostumbraba á amar á mis hijas, siento una ternura grande dentro de mi corazón y una inclinación irresistible hacia las jóvenes con quienes tengo tratos. Mme. de Villeneuve me ha pintado unas elegantes pantallas de chimenea, dibujando en cada una la vista de diferentes casas ó castillos habitados por Mme. de Sévigné; esta buena señora es para mí la abuela del corazón y del espíritu; Mme. de Villeneuve ha creído que estos recuerdos serían á mis ojos una especie de ilustración de las obras que practico continuamente en cumplimiento del deber que la caridad me impone. ¡Qué buena y dulce es la caridad! Ella parece que nos aproxima insensiblemente y dulcemente al trono donde el Altísimo tiene su asiento.

CXXVIII

27 Abril de 1826.

Mi cuñado, el abate Lamartine, ha muerto; hacía bastante tiempo que su vida era una prolongada espera de este momento. Espero que Dios habrá sido misericordioso para el hombre que tanto lo había sido para su prójimo. Fué lanzado contra su voluntad en la carrera eclesiástica, hacia la cual no sentía la menor disposición, y se concretó á vivir solitario en su magnífica finca de Montculot, la cual ha quedado propiedad de Alfonso, con la obligación de entregar cierta cantidad á una hermana del difunto, y pasar una pensión á mi esposo. Le he escrito para que mande poderes para tomar posesión

en su nombre, de aquella magnífica casa y de las tierras que la circundan.

CXXIX

24 Mayo de 1826.

Tengo una pena grande por el triste contratiempo que ha ocasionado á Alfonso un fragmento de su poema *Childe Harold*, relativo á Italia. Ha sido mi hijo gravemente herido en desafío con el coronel Pepe; ¡tiemblo tanto por su alma como por su vida! yo no sé quién tendrá razón de entre los dos, pero á los ojos de Dios ambos son culpables; procuraré que Alfonso se arrepienta de la falta cometida; la vida sólo Dios puede quitarla y es un pecado gravísimo el que los hombres cometen cuando atentan á ella. Se me objetará que el honor es preferible á la vida, pero no somos los humanos quienes podemos juzgar estos asuntos.

.....
He tenido nuevas noticias de Alfonso que me anuncian su restablecimiento: dicen que está escribiendo unas poesías muy religiosas y que las titula *Armonias*, de las cuales me han remitido algunos trozos manuscritos que he leído con sumo agrado. ¡Ah! este es el uso que yo quisiera que se hiciese siempre del talento: divino como su creador, cuando se eleva hacia El.

CXXX

Milly, Julio de 1826.

Hace tres días que estoy en Milly, donde me encuentro perfectamente; yo desearía continuar aquí, pero con mi esposo y Sofia. ¡Es muy triste para los

unos y para los otros el tener que vivir separados!... ahora parece que siento más que antes la separación; ello debe ser la vejez que avanza rápidamente: ya he perdido, puede decirse, por completo, aquella actividad física y moral que me hacía gozar de la vida aun en la misma soledad; siento, por el contrario, el peso de los sesenta años que voy á cumplir; apenas puedo persuadirme de ello, pero no hay remedio, y sin embargo, no estoy triste ni mucho menos, pero sí quisiera que Dios me hiciese la gracia de que pudiese emplear bien el poco tiempo que me resta de estar en este mundo y de no pensar más que en prepararme debidamente para el otro, á donde con tanta ligereza me dirijo. Porque estoy todavía completamente distraída, y demasiado ocupada en cosas terrenales; he visto (quién sabe si con demasiado interés) la belleza de nuestros viñedos; ha habido una sequía atroz que los ha perjudicado mucho; pero ahora, sobre todo aquí, han reverdecido un tanto y presentan un hermoso aspecto con sus verdes pámpanos cargados de nacientes racimos. ¡Nuestro porvenir está suspendido de los sarmientos de estas cepas!... Es el hombre exactamente igual que el insecto que roe una hoja, y que muere si la hoja perece. ¡Dios mío... proteged nuestras plantas, y sobre todo las de nuestros pobres campesinos!

Alfonso es el encargado de los negocios del rey en Toscana, Lucca y Parma, y como quiera que todos los embajadores están fuera de Italia (excepto el de Roma), le han aumentado la asignación en veinte mil francos. Todos están contentos de él, y él parece estarlo también de la posición que ocupa;

únicamente que representa á su país con un poco más de lujo del que yo quisiera; pero creo que, á pesar de ello, la Providencia no le abandonará nunca.

Yo recuerdo mucho de él, pero me paga mi cariño sobradamente, acordándose también de mí; con la mayor ternura y solicitud recuerda y le preocupan mis pequeñas obligaciones, y aquellas penas é intranquilidades que me ocasionaron sus travesuras juveniles. Sería yo una de las mujeres más dichosas, si no hubiese perdido aquellas dos joyas de mi maternal corona: ¡ah! ¡qué gran vacío encuentro sin su compañía cuando al caer de la tarde paseo por mi jardín! ¡mis ojos, y mis sentidos todos, las buscan inútilmente por todas partes! Es preciso irme desprendiendo poco á poco, de buen ó de mal grado, de este bajo suelo; ya siento en mí la noche; ¿cuántas horas me faltan contar aún en este negro abismo? Dios lo sabe; yo no he de contarlas, porque estoy entregada á él absolutamente; lo que sí le pido es que me retenga aquí el tiempo necesario para ganar su estimación.

He dado principio á un trabajo que acaso durará lo que mi vida. Consiste en una alfombra tapizada para el gabinete que Alfonso tiene en Saint Point. Cuando yo habré muerto, él pensará sin duda, al poner sobre ella los pies, que en cada una de sus mallas iba yo encadenando, en mi tiempo, un pensamiento para él. ¡Ay! este frágil tejido durará, por lo menos, cien años; y tanto mis hijos, como yo, habremos ya dejado de existir!... Estoy triste, muy triste.

CXXXI

Domingo, 3 Diciembre de 1826.

Según parece, existen algunas probabilidades de casar á mi Sofía; si esto se realiza, mi obra quedará terminada: entonces podré decir como el viejo Simeón: *Basla, Señor, relevad á vuestro siervo*. El pretendiente es un hidalgo de Mende, en las montañas de Cévennes, llamado M. de Ligonés. Dicen que es persona de carácter y que posee una fortuna que, sin ser muy grande, será suficiente para que vivan con desahogo: aquel país no es un país de lujo, y mi Sofía es la razón y la piedad misma.

CXXXII

5 Mayo de 1827.

El último domingo, á las once de la mañana, ha muerto mi cuñado, el jefe de la familia Lamartine, á los ochenta años de edad. Su hermana y yo hemos recibido su último suspiro: hasta este momento ha conservado clara su poderosa inteligencia. Su muerte ha sido muy sentida en toda la comarca; era un hombre de talento é ilustración superiores; poseía conocimientos casi universales; su conversación era prodigiosamente interesante y vasta; durante toda su vida fué, puede decirse, el rey de la familia y de esta provincia. Había sido oficial de caballería del rey Luis XV, durante los primeros años de su juventud; su delicada salud le llevó nuevamente á Maçon, donde se puso al frente de la administración del tan importante como enredado patrimonio de mi padre político, el cual radicaba entre Borgoña y el Franco Condado. Se le tenía como

una especie de oráculo: la comarca entera consultábale todos los asuntos, hasta los más íntimos.

Había estado en relación con todos los hombres eminentes de la Asamblea Constituyente, de la ciencia y de la literatura: M. de Buffon, Mirabeau, los economistas y los filósofos. El ocupaba aquí una buena posición y vivía aquí acompañada de sus hermanas, solteras también: ha legado su finca de Saint-Pierre indivisa á Alfonso y á Cecilia, su sobrina Mme. de Cessia; y sus bellas tierras de Monceau á su hermana Mlle. de Lamartine, quien, á su muerte, las deja á Alfonso. Nadie resolvía nunca nada en la familia sin él ó después de haber dado él su opinión.

Este imperio absoluto sobre la familia habia frecuentemente contrariado mis intenciones, ocasionándome bastantes disgustos; recuerdo los que sufrí cuando el casamiento de mis hijas y al determinar la carrera que habíamos de dar á Alfonso. ¿Quién sabe si al contrariar mi voluntad tenía razón? Yo opino que sí: en fin, gracias á Dios, todo ha terminado felizmente para todos: acaso de aquella oposición que entonces se hacía á mis proyectos, ha resultado el buen acierto que hemos tenido en su realización.

La hermana de mi cuñado ha quedado muy rica, aunque realmente de nada le sirven las riquezas, porque no disfruta de ellas y las reparte entre los pobres: es la santa más delicada de la tierra que he conocido jamás; no tiene nada en su santidad que moleste ni perjudique á nadie; su piedad, cuando sale de la iglesia ó de su oratorio, donde pasa la vi-

da, se convierte toda en dulzura y bondad; tiene la sonrisa de los ángeles en la boca y una transparencia celestial en la mirada; es demasiado escrupulosa para sí misma; no lo fía todo á la generosidad divina y derrama la limosna á manos llenas; las gentes la bendicen y la aclaman como santa.

Los preliminares para la boda de Sofia se han realizada; M. de Morangies, nuestro vecino y pariente á la vez por parte de su esposa, es quien nos ha presentado la demanda y el joven pretendiente.

No me ha desagradado su aspecto modesto y reflexivo, y su porte exquisito, delicado y admirable de todo punto. Creo que es uno de esos hombres rarísimos, que manifiestan á primera vista la seguridad de la dicha que han de proporcionar á su esposa, pero ¡ay! se llevará á mi Sofia muy lejos de nosotros y no vendrán á pasar en nuestra compañía más que seis meses del año! ¿Qué va á ser de mí, sin esta criatura que me quedaba como sombra de todas las demás? Ella cándida como á los ocho años, y espiritual como á los sesenta; era mi consejera y mi confidenta para todo; creo que la costumbre de tener con ella el corazón abierto, ha apresurado su gran madurez de juicio; en cuanto á su piedad, es todo un ángel y sólo temo el exceso, si es que puede llegar á serlo más; parece una madre de familia; no me cabe duda de si tiene hijos los hará hombres de provecho.

CXXXIII

13 Enero de 1828.

¿Hasta cuándo continuaré escribiendo en este libro? Sólo Dios lo sabe. Comprendo que, á pesar de

mis años, tengo sobre la tierra deseos y pasiones, y esto me aflige; mi corazón, sin embargo, es de Dios, á quien diariamente suplico se apiade de mí.

El estado actual de Francia me horroriza: los periódicos avivan el voraz incendio, que existe no solamente en la opinión sino en los corazones. Hemos tenido aquí grandes luchas con motivo de las elecciones entre M. de Rambuteau y M. Doria; Dios no puede gustar de estos hechos en que se calumnian los hombres mutuamente. M. de Villèle ha sido arrojado del ministerio; todo el mundo se encarniza contra la religión, que es mi único cuidado político. No me agrada por ningún estilo esta continua guerra de invectiva entre los periódicos de distintos partidos. ¿Cómo se comprende esta libertad sin límites que la prensa disfruta y que se dice es una necesidad del gobierno constitucional? Yo temo que este gobierno, del cual esperábamos tanto, no produzca más que tempestades, hasta dentro de las mismas familias; es muy frecuente que el espíritu de los hombres, antes que el espíritu de Dios, sea el que sople en estos desgraciados tiempos. Dentro de este sistema de gobierno no se observa más que vanidad, egoísmo, y deseos de realizar actos que tengan mucha resonancia, sean éstos del género que quiera.

M. de la Maisonfort, ministro del rey en Florencia, ha muerto en Lyon de vuelta de Toscana. M. de Vitrolles ha sido nombrado en su lugar; se cree que no irá hasta pasado mucho tiempo á ocupar su puesto; esto va á detener indefinidamente á Alfonso en Italia, Sofia, mi consuelo, mi sociedad única, mi hija querida, marcha este invierno á Mende. ¡Triste